

GENTE

La entrevista
de Amilibia

LILA HOROVITZ

Profesión: música y actriz.

Nació: en 1975, en Buenos Aires.

Por qué está aquí: actúa con «The Funamviolistas» en las Naves del Español-Matadero (Madrid).

«TOCAR EL CONTRABAJO
EN LA CALLE ES DURO»

—«The Funamviolistas». ¿No les iría mejor un nombre más sencillo?

—Es un nombre que hay que repetir para que se quede. Está bien.

—¿Qué son en realidad?

—Músicos (violín, viola y contrabajo) que no quisieron pasar hambre y se engancharon a una nueva forma de espectáculo.

—Mezclan teatro, música, danza y humor. ¿No se atreven con el trapezio?

—Lo tenemos previsto para el próximo espectáculo.

—Tocan música clásica, jazz, pop, tangos... Astor Piazzola me dijo una vez que el tango es el lamento del cabrón...

—Y el del boludo. También es una historia de amor de tres minutos.

—Recibieron el Premio Max al Mejor Espectáculo. ¿Les ha servido para...?

—Para ver que se puede reconocer un buen trabajo sin tener padrinos.

—Los grupos se acaban separando...

—Nosotras nos tiramos a veces de los pelos, pero hacemos las paces enseguida. Esperamos estar juntas tanto tiempo como «Les Luthiers».

—Son un trío. ¿Con qué hombre les gustaría hacer un cuarteto?

—Quizá con Prince.

—Para financiar su espectáculo hicieron «crowdfunding». Tienen 113 mecenas. ¿Les darían más pastas si les propusieran un trío en casa?

—Ja, ja, ja. Suena a oferta erótica. Propusimos ir a tocar a las casas en los cumpleaños, pero fue una oferta que no aceptó nadie.

—Dice Woody Allen que hace cine para sobrevivir. ¿Usted toca...?

—Para lo mismo. El cuerpo siempre me pide estar en el escenario. También en otro sitio, pero lo del escenario dura más.

—La historia en escena: las tres han perdido el trabajo y comienzan como músicos callejeros. ¿Basada en hechos reales?

—Yo he tocado el contrabajo en la calle duro. No es el instrumento más adecuado para eso. Mejor la flauta o la armónica.

—¿Perdió alguna vez el empleo?

—Nunca lo he tenido. Siempre he sido «freelance». Vivía en la incertidumbre, tocando aquí y allá, acompañando a Susana Rinaldi...

—Y como buena argentina me imagino que fue al psicoanalista.

—Claro. Me dijo que tenía que asumir mi profesión, que la cosa era así.

—Eso se lo hubiera dicho yo por mucho menos dinero...

«HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA», LA
CANCIÓN PREFERIDA DE LOS CANDIDATOSDE TODO
CORAZÓN

Jesús MARIÑAS

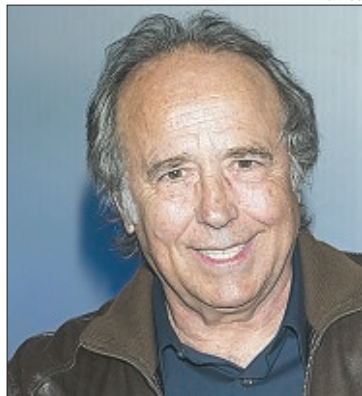


Hoy puede ser un gran día. Ojalá. Lo dice la canción y cabe aplicarlo al país que vota hoy. Por encima de idearios políticos, proclamas circunstanciales y promesas que a veces son papel mojado, hay algo que descubre, define, revela y retrata a los cuatro líderes en pugna: sus preferencias musicales. Las evidenciaron dando una serie de títulos para «Canciones de una vida», el espacio recuperado por María Teresa Campos en «¡Qué tiempo tan feliz!». Durante las últimas semanas los líderes del bipartidismo y los mal llamados emergentes, como Albert Rivera y Pablo Iglesias, hurgaron en sus querencias melódicas títulos. Son los que dejan huella, o acaso recuerdan momentos inolvidables. Rajoy lo recalca prefiriendo el «Te quiero, te quiero» de Augusto Algueró. Se lo dedicó a Viri: «Es nuestra canción de siempre», dijo. Ellos se casaron un 28 de diciembre, y no sonó a broma. Pedro Sánchez es aparentemente menos romántico y optó por «Mi niña Lola» y «Mediterráneo», también de Serrat, el cantautor preferido por Rivera, que optó por un acaso esperanzado y premonitorio «Hoy puede ser un gran día». Las elecciones musicales de Iglesias siempre suenan diferentes. Fue desde «Caballo viejo» a «María la portuguesa», que María Dolores Pradera recreó mejor que su autor, Carlos Cano. Completó con «El ataque de las chicas cocodrilo» y «Como el agua», casi una declara-

ción de principios, que igual no pasa de ahí. Aver qué nos deparan los resultados. Puede ser un canto grande, tarantela, himnos patrios y hasta pasodobles. Incluso marchas triunfales avaladas por el pueblo realmente soberano.

Mientras, Esperanza Roy recibió un homenaje al amadrinar un libro sobre Queta Claver, gran «vedette» valenciana que tenía los teatros siempre abarrotados. Las compañías—que hoy únicamente actúan en provincias los fines de semana—pasaban meses a orillas del Turia. Aquello siempre fue una mina inagotable de grandes artistas, desde José Iturbi, pianista popularizado en el Hollywood musical de los cincuenta, hasta la aún exuberante Rosita Amores o el hoy dolido Paco Arévalo. Queta marcó época en nuestra revista y se hizo dueña del desaparecido Teatro Martín, siempre tutelada por su propietario, José Muñoz Román. Así se decía ante la aparentemente ingenua creadora de «Ana María» o «Una jovencita de 800 años». Fueron títulos que du-

raron temporadas y que pretendían algo imposible (especialmente por sus físicos tan antagónicos): desbancar a Celia Gámez, que durante 50 años—y se dice pronto—fue reina indiscutible de la revista. No quedó en «Las leandras» ya inmortales con su «Pichi», sino que hizo musicales de aire más europeo, con músicas de Francis López, que siempre estrenó en el Chatelet parisino. Celia le montó «S.E. la embajadora» y «La estrella trae cola» una antología de sus grandes éxitos, contando con Luisa de Córdoba, Toni Soler y Florinda Chico. Remató su carrerón con «Buenos días, amor», en el Teatro de la Zarzuela. Fue su adiós precipitado con casi setenta años. El «show» incluía sólo dos apariciones suyas y el público pateó pidiendo más. Le costó una millonada, obligándole a vender su casa de la calle Recoletos. Queta no alcanzó tanta perdurabilidad, pero luego se hizo excelente actriz y hasta protagonizó «La playa vacía» de Jaime Salom, emparejada con Arturo Fernández. Sus éxitos están recogidos en este libro, aunque España no sea adicta a las memorias artísticas, tan habituales en Estados Unidos, Inglaterra y Francia, donde lo mismo descubres por qué Jean Marais enamoró a Jean Cocteau, que las verdaderas querencias sexuales de Laurence Olivier o los delirium tremens de la grandísima Vivien Leigh, agravados por los celos de su marido, que envidiaba su éxito filmico mientras él sólo triunfaba escénicamente como el actor clásico más grande de Gran Bretaña.



Joan Manuel Serrat, autor de «Hoy puede ser un gran día»

